

30 de noviembre de 2010

DIOS SALVA EN EL DESTIERRO DE BABILONIA Y TAMBIÉN EN EL FRACASO Y LA PERSECUCIÓN

1. Introducción

Los términos del enunciado: salvar, destierro, Babilonia, fracaso y persecución

Conviene, antes de entrar a describir la historia y el pensamiento religioso de Israel en este tiempo, precisar brevemente los términos. El topónimo *Babilonia* se entiende aquí como equivalente al imperio neobabilónico, del que es su capital, especialmente en lo que afecta al reino de Judá. Comprende cronológicamente desde la caída de Nínive en el 612 a.C., capital del imperio asirio, bajo las tropas de Babilonia con ayuda de los medos, hasta la vuelta del destierro por parte de los judaítas deportados (a partir de 532 a.C.) y la construcción del segundo templo (hacia finales del siglo VI o comienzos del siglo V a.C.). El *destierro* de los habitantes notables de Judá a Babilonia es lo que suele denominarse con esta palabra. No hay que olvidar, sin embargo, a los judaítas que marcharon a Egipto y a los que quedaron en Judá, ahora convertida en provincia del imperio babilonio. *Fracaso y persecución* son dos términos genéricos, con los que se intenta describir en el enunciado la situación de los habitantes de Judá especialmente tras la destrucción de Jerusalén. *Salvación*, en este contexto, significa la conciencia que Israel adquiere de que Dios le ayuda en estas circunstancias, para no perecer y poder resurgir como pueblo fiel a Yahveh. En una segunda lectura estos términos adquieren un significado más amplio, como veremos. Por consiguiente, esta lección pretende describir brevemente un período decisivo de la historia de Israel, que comprende la destrucción de Jerusalén con sus antecedentes, el destierro posterior de los habitantes de Judá principalmente a Babilonia, y las consecuencias que ello tuvo, tanto históricas, como teológicas. Nuestra lectura de los hechos, pretendiendo ser fiel a la historia, se orientará hacia el final a una relectura cristiana y actual de ellos.

Una última precisión: en la charla hablaré de israelitas, habitantes de Judá, judaítas y judíos. El término *israelitas* e Israel, salvo precisión en contra, se refiere a los habitantes de Israel (Reino del Norte) y de Judá (Reino del Sur) con una connotación especialmente religiosa: los que practican la fe de Israel y reconocen a Yahveh como su único Dios; los *habitantes de Judá* son los ciudadanos del Reino de Judá, a quienes además llamaré *judaítas*; y esto para distinguirlos de los *judíos*, que propiamente nacen a partir del destierro. Pueden entenderse de modo genérico en este momento de la historia como los israelitas que, sin las estructuras políticas de los estados históricos de Israel y Judá, y sin romper del todo la continuidad de sus

creencias religiosas fundamentales, viven sin embargo su fe y su concepción del mundo de una manera particular, que no coincide del todo con la antigua religión de Israel.

Tres elementos previos

Antes de entrar en la descripción concreta de los hechos, debemos tener en cuenta tres elementos que condicionan nuestro estudio, así como el uso que debemos hacer de las fuentes:

. *Planteamiento de los textos bíblicos: reflexión religiosa sobre la historia.* En efecto, los textos bíblicos que nos sirven para reconstruir e interpretar los hechos de este tiempo son textos religiosos, escritos desde esta perspectiva y con frecuencia a bastante distancia de los hechos. Eso significa que debe siempre guardarse una actitud crítica, distinguiendo, en la medida de lo posible, lo que son datos históricos, con lo que es interpretación religiosa. Ambos extremos nos interesan, pero no pueden mezclarse.

. *La situación geo-estratégica de Israel y de Judá: un pequeño pueblo entre imperios.* La tierra de Israel no era particularmente rica e importante, frente a los grandes imperios o potencias de los dos milenios anteriores a Cristo. Pero geográficamente tenía un importante valor estratégico, ya que por él pasaban las grandes vías de comunicación entre los dos centros de poder, Mesopotamia y Egipto. Tanto la “vía del mar”, como el “camino real” eran decisivos para el comercio y para el transporte de tropas. De aquí el interés por lograr que esta zona (que comprende otros varios pequeños reinos) estuviese bajo influencia y control. De aquí el que Israel se viese siempre envuelto prácticamente en todas las contiendas internacionales. En la época que estudiamos sólo subsiste el pequeño Reino de Judá o Reino del Sur, pues el Reino de Israel o Reino del Norte había sido liquidado en el 722 a.C. por el ejército asirio. Es un territorio pequeño, sus límites no alcanzan territorios por donde circulen grandes vías de comunicación y tiene entre doscientos y doscientos cincuenta mil habitantes. Se halla sometido, primero a Asiria, después a Babilonia, hasta el año 586 en que se convertirá en una provincia de Babilonia.

. *La peculiaridad religiosa de Israel y Judá: monoteísmo, memoria y esperanza de salvación.* Es la tercera observación. Estos tres elementos religiosos son característicos de Israel y pertenecen a su original concepción religiosa. Al contrario de lo que sucede con los pueblos de su entorno, los habitantes de Judá creen en Yahveh, un Dios nacional único, que no admite otros dioses a su lado y con quien mantiene relaciones especiales, que pueden describirse como relaciones de alianza. Con él los israelitas tienen conciencia de haber compartido una historia que se recuerda en la familia y en el culto, como garantía de ayuda y protección, y en circunstancias difíciles como esperanza de salvación.

2. Historia: fuentes con que contamos para este período

Se enumeran a continuación las principales fuentes que deben tenerse en cuenta a la hora de reconstruir este período de la historia antigua del pueblo de Israel. Se trata de una enumeración sin precisiones ulteriores.

Fuentes bíblicas

Me refiero en este caso a los principales textos bíblicos que hablan de esta época:

- . Jeremías y Ezequiel
- . Is II (Is 40-55): contexto cronológico de la conquista de Babilonia por Ciro II el Grande (539 a.C.)
- . Is III (Is 56-66): oráculos, quizá de varios profetas; contexto general de la vuelta del destierro. Dificiles precisiones cronológicas.
- . Otros textos de Is, posiblemente tardíos (Is15-16; 2.2-4; etc).
- . Ageo y Zac 1-8: actividad durante la reconstrucción del segundo templo.
- . Otros libros bíblicos, difíciles de datar, como Mal, Joel, quizá Prov 1-9, Ecl, Cant, Rut, Job, Jonás, Tob, etc.
- . Lam es probablemente testimonio de celebraciones litúrgicas por los judíos en la Jerusalén del templo destruido.
- . Conviene tener en cuenta las referencias de 2 Mac 1-2.
- . Y, por supuesto, la historia deuteronomista contenida en 2 Re 18-25, y la historia cronista de 2 Cron 34-36, junto con las relaciones de Esd-Neh.

Fuentes extrabíblicas

- . Anales babilónicos, con la crónica de las campañas de los reyes al territorio de Judá.
- . Archivos de la familia de banqueros o financieros Murashu de Nippur y Babilonia (455-403 a.C.), donde aparecen numerosos nombres judíos.
- . Papiros arameos de Elefantina en Alto Egipto (de 495 a 338 a.C.), escritos por judíos piadosos y dirigidos al sumo sacerdote de Jerusalén
- . Papiros de Samaría (s. IV a.C.)
- . Restos arqueológicos.
- . 3 Esd
- . Flavio Josefo (Ant Iud XI, 1-183).

Conviene advertir, que es más fácil señalar todos estos textos, que usarlos de manera exacta y pertinente, ya que en muchos casos cualquier tipo de datación que utilizemos contiene una carga de hipótesis muy grande.

3. Historia: síntesis de los datos conocidos

El declive de Asiria y la reforma del rey de Judá, Josías (640-609 a.C.)

El rey Josías lleva adelante la reforma religiosa iniciada en tiempos de Ezequías. Se trata de la centralización del culto en Jerusalén y de la supresión de lugares de culto, tanto dedicados a Yahveh, como a otras divinidades. Es momento de debilidad de Asiria y de emergencia de Babilonia. Josías muere en la batalla de Megiddo, tratando de evitar que el faraón egipcio Neco llegue en ayuda de los asirios contra Babilonia. Judá queda sometida primero a los egipcios, enseguida a la potencia emergente, Babilonia.

El pequeño reino de Judá entre dos colosos: Babilonia y Egipto; un profeta, consejero no escuchado: Jeremías (620-586). La derrota de Judá, la destrucción de Jerusalén y las tres deportaciones.

Los últimos reyes de Judá, Joaquím (609-598), Joaquín o Jeconías (ca. 597) y Sedecías (597-586) son años de decadencia y políticamente muy difíciles. Judá sufre el yugo de Egipto, primero, luego de Babilonia, que en el 598 a.C. pone cerco a Jerusalén, que se le rinde un año después, provocándose la primera deportación de gente cualificada y dirigente; entre ellos probablemente va el profeta Ezequiel y el rey Joaquín o Jeconías. Sedecías se sublevó contra Babilonia, probablemente ayudado y azuzado por Egipto- Jeremías predica en este tiempo la sumisión a Babilonia como único camino de supervivencia, así como la certeza de que de ese modo se mantendrá la tierra. Es considerado enemigo del pueblo, que desmoraliza a la población. Nabucodonosor asedia Jerusalén, que es asaltada el 587-6 a.C., conquistada, destruida, su templo quemado y el rey capturado y cegado fue llevado a Babilonia. Hay una nueva deportación de judíos a Babilonia en el 582 a.C., aunque no parece que fuera mucha gente. Babilonia pone un gobernador nativo en Jerusalén, Godolías, que fue pronto asesinado. es posible que hubiera otra pequeña deportación. Por lo demás, las tierras de los deportados se repartieron entre el subproletariado urbano y rural, que de ese modo constituía una clase de minifundistas incondicionalmente fiel a la potencia ocupante. Judá se convierte en una provincia del imperio babilónico.

Habitantes de Judá en la provincia babilonia de Judá, en Egipto y en Babilonia

Consecuencia de los hechos anteriores fue la nueva situación de los habitantes de Judá. Podemos distribuir su población en tres grupos. En primer lugar, los que huyeron a Egipto, especialmente tras el asesinato de Godolías. Se llevaron consigo a la fuerza a Jeremías. No tenemos datos exactos de dónde fueron y cómo subsistieron. Sin embargo, hay que decir que ya a principios del siglo V hay un destacamento militar de judíos en Elefantina -un islote al sur del Nilo en el Alto Egipto-, los cuales dan culto a Yhaveh en un templo específicamente construido para ello y observan las fiestas judías, especialmente la Pascua; y a finales del siglo IV existe una colonia muy numerosa y rica de judíos, que formarán pronto un gran barrio autónomo en la ciudad de Alejandría, fundada por Alejandro Magno.

Los que permanecieron en Judá sobrevivieron, especialmente los que habían recibido tierras de las autoridades babilónicas. Tenemos noticias asimismo de peregrinaciones a Jerusalén por aquellos años (quizás el templo no estaba totalmente destruido); de este tiempo son los poemas elegíacos coleccionados en el libro de las Lamentaciones, inexactamente atribuido al profeta Jeremías. La población fue prácticamente diezmada. Según el arqueólogo norteamericano Albright apenas quedarían en Judá 20.000 habitantes, de los más de 200.000 previamente existentes. En cualquier caso, faltaba coordinación, sentido de estado y capacidad para una convivencia civil floreciente y para una práctica vital religiosa.

El grupo cualitativamente más importante fue el de los deportados a Babilonia. Aunque no debían ser muchos (los números bíblicos oscilan entre 4.000 y 11.000 en total), se trataba de los más cualificados; clase dirigente política, clase sacerdotal y técnicos y artesanos especializados. Fueron ubicados al sur de la ciudad de Babilonia, en sus inmediaciones, cerca del “gran canal”, al que en la Biblia se denomina río Quebar. El régimen que tenían era de gran libertad: podían trabajar, comprar terrenos, construir casas, comunicarse con Judá. En los documentos de la banca Murasu descubiertos en Nippur (s. V a.C.) aparecen frecuentes nombres judíos, lo que indica una situación de prosperidad. Este grupo de judaítas será

decisivo para la historia de Israel, para la formación del judaísmo y para el nacimiento de la Biblia.

Los primeros tiempos de la deportación a Babilonia, según las referencias del profeta Ezequiel. El establecimiento final

Los primeros tiempos del exilio (la palabra cautividad o cautiverio no parece correcta) nos muestran a los judaítas esperanzados con la derrota de Babilonia por Egipto y el sueño de volver a Jerusalén. Tanto el profeta Ezequiel en el mismo lugar del destierro, como Jeremías desde Jerusalén (Jer 29) les invitan a arraigar en Babilonia, a edificar casas, adquirir campos y establecerse para largo en esa tierra. Tras la destrucción de Jerusalén el panorama cambia. Ezequiel se convierte ahora en profeta de esperanza, la esperanza que necesita el pueblo para sobrevivir. Recordemos, por ejemplo, su visión del campo de huesos secos que recobran vida (Ez 37) y sus descripciones teológicas del templo de Jerusalén, que tendrán cierta influencia en las descripciones de Jerusalén del libro del Apocalipsis (Ez 40-48; Ap 21,1-22,2).

4. La reflexión de los deportados sobre su suerte

Crisis de fe: Yahveh, ¿es menos poderoso que Marduk? Fracaso del dogma de la inviolabilidad de Sión.

El destierro supuso una profunda crisis religiosa para Israel. Una crisis que planteó una cuestión decisiva. Era convicción firme de los habitantes de Judá, desde los tiempos de Isaías sobre todo, el dogma de la inviolabilidad de Sión, nombre religioso de Jerusalén, y en consecuencia la permanencia eterna de la dinastía de David. Pero ambas realidades habían dejado de existir. Sión estaba destruida y medio abandonada; la dinastía de David apenas si tenía algún sucesor, y estaba en manos de Babilonia. Por otra parte, era comúnmente aceptado en aquel tiempo y en aquellas culturas, que la victoria o derrota de un pueblo era derrota o victoria de su dios. ¿Cómo explicar lo ocurrido? Todo ello conducía a la pregunta radical y decisiva, que ponía en juego el núcleo mismo de la fe de Israel: ¿es Yahveh, nuestro Dios, menos poderoso que Marduk, el dios principal de Babilonia? De aquí que se mantuviera desesperadamente durante los primeros tiempos del destierro la esperanza de liberación y salvación de Jerusalén, interés y esperanza que tanto Jeremías desde Jerusalén, como Ezequiel en Babilonia, se encargaron de cortar: Jerusalén caería, anunciaba insistentemente y con acciones simbólicas Ezequiel; edificad casas, cread familias, trabajad la tierra, les escribía Jeremías (Ez 12; Jr 29).

Crisis de esperanza: ¿Se ha olvidado Yahveh de nosotros? Cierre de horizontes sin futuro y esperanza.

La débil esperanza aún existente dejó de existir, cuando, como anunciaban los dos profetas mencionados, llegaron noticias de la caída y destrucción de Jerusalén. Los babilonios dismantelaron la muralla y las fortalezas de la ciudad, y este dismantelamiento afectó sin duda al templo, que quedó semidestruido, incapaz para un culto digno. Todas las esperanzas quedaron sin fundamento. Y el desaliento se hizo general y decisivo. Pocos poemas lo reflejan tan bien como el salmo 137 (136):

Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras.

...

¡Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha.

...

Señor, toma en cuenta a los idumeos del día de Jerusalén,
cuando se incitaban: “Desnudadla,
desnudadla hasta el cimienta”.

...

El “día de Jerusalén”, claramente, es el día de la toma de la ciudad y de la destrucción del templo, en la que participaron gentes de Edom, pueblo al sur de Judá, limítrofe con él. Sin capital, sin reino, sin templo, desterrados en el extranjero, ésa era la situación. No había posibilidad de organizarse políticamente y se había perdido el centro de la vida religiosa. Y, lo que era peor, no existía posibilidad alguna de recuperar esas instituciones. El fracaso del pueblo era un fracaso de Dios, sin duda; pero a la vez, el fracaso de Dios arrastraba al más hondo abismo de desesperanza al pueblo. Y enfrente podían ver cada día la gran capital de Babilonia, centro de esplendor económico, de cultura floreciente, de religiosidad continua. Lo normal, como ocurrió con otros grupos de exiliados, es que en un par de generaciones aquellas gentes hubieran olvidado el pequeño pueblo de Judá, su cultura y su religión, y hubieran sido asimilados, engullidos por la cultura, la religión y el poder dominante.

Una explicación teológica: el pueblo de Judá, justamente castigado por su infidelidad a la alianza; justificación de Yahveh.

Pero, como ya se dijo, aquellos emigrantes eran gente cualificada. Entre ellos se encontraban sacerdotes y profetas. La reacción de aquellas gentes sorprendentes fue la de retomar las líneas generales de la teología que había movido las reformas de Ezequías y Josías, la reflexión teológica que hoy día se conoce entre los estudiosos como “corriente o teología deuteronomica”, porque una de las piezas más acabadas de ese pensar teológico es el libro del Deuteronomio en su redacción final. Dios no había sido derrotado. Dios había hecho justicia. Ante las infidelidades del pueblo de Israel, Dios había disuelto su alianza. Pero quienes primero faltaron a las cláusulas de la alianza, al cumplimiento de la ley, había sido el pueblo. Por eso el castigo era justo y mostraba la justicia de Dios. ¿Podría recuperarse esta alianza? Jeremías y Ezequiel habían indicado el camino: era un camino de conversión, de cumplimiento de la ley, de reconocimiento de Dios como el único, en medio de un mundo abiertamente politeísta, de práctica de la justicia y de los mandatos nacidos de la alianza. En definitiva, si el pueblo se convertía a Dios, Dios quizá se volvería al pueblo, sustituyendo el corazón de piedra de cada uno por un corazón fiel a la ley, respetuoso de la alianza.

Junto a esta escuela de reflexión teológica, el grupo de sacerdotes inició otra que sería muy fecunda. Yahveh es el Señor del universo, el único verdadero Dios. No sólo Señor de Israel,

sino Señor de la historia, Señor de los pueblos, creador del universo entero, el que había elegido a Israel a través de la distribución de los pueblos por la tierra, asignándole un lugar, la tierra santa; llevando como de la mano a los patriarcas, a Moisés, pero sobre todo a David. La promesa de permanencia eterna de la casa de David hecha al rey era una promesa abierta al futuro: un día el ungido de Yahveh, el *mesías* del Señor volvería a restaurar Israel, Jerusalén y el templo. Es la reflexión que se conoce como “corriente o teología sacerdotal”.

Recuperación de la responsabilidad personal y el problema del sufrimiento del inocente: los planteamientos de Job y Eclesiastés.

En medio de esta reflexión se abren paso otras cuestiones teológicas de interés. Tanto Jeremías, como Ezequiel se niegan a reducir todo lo ocurrido a un pecado social. No, la responsabilidad es individual: si el justo peca y se mantiene en el pecado, será condenado; si el pecador se convierte, será perdonado. No basta achacar todo a la colectividad: es el individuo, quien de ahora en adelante es sujeto responsable de sus actos morales. Esta manera de ver las cosas suscita un nuevo problema teológico: el del sufrimiento del inocente, imposible de entender en una cosmovisión religiosa, que no integra una vida nueva tras la muerte y que, por tanto, exige que Dios premie a los buenos y castigue a los malos en esta vida. Dos libros bíblicos plantean este problema con toda su crudeza. Primero, *Qohelet* o Eclesiastés, para quien no tiene solución este misterio; bastará con vivir la vida lo mejor posible, aprovecharse de todo lo bueno que en ella hay, siendo a la vez fiel a la alianza. Después, con toda su hondura y con grandiosidad literaria, el libro de Job; tampoco aquí se encuentra solución a un misterio, que se remite religiosamente a la grandeza de Dios respecto a la pequeñez humana: Dios es más grande, trata de conocerlo y acoge su misterio inmenso consciente de nuestra pequeñez y confiando en su misericordia y justicia, aunque no la perciba con los ojos.

La fuerza de la memoria: Vuelta a las tradiciones de Israel: la circuncisión, el sábado, las leyes de pureza dietética; tendencias aislacionistas y aperturas universalistas.

Pero esta reflexión, que fue madurando poco a poco, necesitaba un soporte. Y aquí entra en juego una de las características más notables de este pueblo: la memoria. Se recogen las tradiciones de Israel, se reescribe la historia, se coleccionan los oráculos de los profetas, y se recuperan con toda su fuerza las prácticas específicas del Israel religioso: la circuncisión, el sábado y las leyes o normas de pureza dietética. Tres elementos que adquirirán carta de naturaleza en este pueblo para siempre.

Es ahora cuando propiamente nace lo que un día será la Biblia hebrea, para los cristianos el Antiguo Testamento. Así nace la profunda y notable reflexión del primer capítulo del Génesis, que habla por primera vez en la historia de un Dios creador. Así se escribe la historia de la humanidad de los once primeros capítulos del Génesis, una auténtica teología de la historia, en la que Yahveh deja de ser un Dios local, para convertirse en el Señor que dirige la historia. Así nace toda la consiguiente historia de los patriarcas y del éxodo, para mostrar el designio de Dios eligiendo a un pueblo como pueblo suyo, su propiedad personal. No todo se escribe de nuevo: se recogen tradiciones conocidas y se reescriben con diversas orientaciones teológicas. Y algo parecido sucede con los oráculos proféticos.

Es verdad, que para que esta afirmación de las tradiciones fuese eficaz en un ambiente cultural y económicamente superior era imprescindible acentuar los rasgos propios de identidad religiosa y cultural de Israel: circuncisión, sábado, normas de pureza legal, según dijimos. Y es también lógico, que una corriente religiosa y ciudadana propusiese para ello la separación de los paganos, un estilo de vida que no se contaminase con el paganismo ambiental, generador de impureza. El acento en la identidad de Israel llevó inevitablemente al el peligro de enclaustramiento y gueto, como puede verse en los libros de Esdras y Nehemías, y como nos ha mostrado la posterior historia de este pueblo sorprendente. Pero no faltaron tampoco acentos de apertura universalista, como pueden observarse en poemas del II Isaías (el banquete de las naciones en el “apocalipsis” de Isaías, Is 25, 6-12, un texto tardío), la promesa divina en III Isaías de reunir a todas las naciones, que verán la gloria de Dios, manifestada en una tierra y unos cielos nuevos (Is 66,18-24), la crítica a la exclusividad judía del libro de Jonás, el relato de Ester...

Nacimiento del judaísmo

Es así como nace el judaísmo, es decir, el nuevo modo de vivir religioso, social y político, que caracterizará de ahora en adelante a los descendientes de Israel. Fue en el destierro, quizá en el momento de volver los primeros desterrados a la provincia de Judá (en ese momento bajo dominio persa), cuando nace la palabra. A aquellos habitantes de la provincia de Judá se les llamó en hebreo *yehudim*. Los LXX y toda la literatura griega después traducirán la palabra como *iudaioi*, de donde pasará al latín *judaei*, y de aquí a todas las lenguas modernas.

Apertura a un nuevo Israel, un nuevo éxodo, una nueva tierra y un cielo nuevo.

En toda esta historia, sin embargo, no sólo hay una apelación a la memoria. A partir de lo recordado se abren nuevos caminos a la esperanza. Los profetas, sobre todo, hablarán de un nuevo Israel, fiel a la alianza; de un nuevo éxodo, que hace posible un nuevo comienzo; de un nuevo templo, en el que lo importante sea de verdad la presencia de la gloria de Dios; de una nueva tierra y unos nuevos cielos. Los autores del NT recogerán estos cables de futuro y los conectarán con la persona y el mensaje de Jesús de Nazaret. Y así, nos volverán a sugerir, que cuando la memoria no se reduce a mera añoranza, sino que madura en tradición verdadera, estamos creando las condiciones para un horizonte nuevo. En este sentido, la Escritura sagrada y la historia que estamos evocando hacen verdadera la afirmación de que la memoria es subversiva; o aquella otra afirmación paradójica, de que nada hay más innovador que una inmersión en la tradición auténtica.

5. Relectura en clave actual de los acontecimientos y reflexiones bíblicos

Hasta aquí hemos contado la historia y tratado de descubrir algunas de sus claves. Ahora tendríamos que intentar una relectura de ella en clave actual. Esta es tarea de cada uno, y nadie puede sustituirnos en ello. De aquí la importancia de la lectura de la Biblia y la necesidad de obtener ayuda para hacerla adecuadamente. Por todo ello, en este apartado será muy breve. Sólo una serie de sugerencias, que, de ninguna manera, quiere agotar las posibles relecturas que cada uno puede y debe hacer de estos acontecimientos bíblicos.

El destino de Israel y el destino de la Iglesia: siempre entre imperios.

No hemos de extrañarnos de la dificultad de ser cristiano en medio del mundo. La fe, y concretamente la fe cristiana, es, dentro de su aparente fragilidad, un terreno estratégico, en el que se juega la manera de ser de la persona, la concepción de la vida en todas sus facetas y con todas las variantes que se puedan imaginar. La Iglesia, como el antiguo Israel, no es perfecta. Está compuesta de santos y de pecadores. Pero en ella se encuentra el ámbito imprescindible para el encuentro con Dios por medio de su hijo Jesucristo; ello lo hace posible la fuerza del Espíritu, que vivifica la tradición viva de la Iglesia y nos descubre respuestas y caminos a las nuevas preguntas y objetivos. Si se destruye la Iglesia, el terreno de la fe y de la esperanza de los ciudadanos que son cristianos es más fácil dominarlo y dirigirlo; si no se puede destruir, habrá que debilitarla o, en último caso, manipularla. La historia nos muestra ejemplos de todas las situaciones. Incluso, también hay que decirlo, de la tentación de convertirse ella misma en Imperio dominador.

Ante esta situación caben siempre dos tentaciones: abrirse a la cultura y la cosmovisión dominantes, hasta tal punto que se convierte en una institución más, perdiendo su originalidad, incapaz de ser reconocida por los rasgos originales de Jesús y del evangelio; o, al contrario, acentuar tanto la identidad cristiana y eclesial, que se convierte en una entidad separada de la sociedad, en un grupo cerrado y poco influyente. La tentación de convertirse en una ONG más y la de convertirse en una secta estarán siempre presentes. El equilibrio incómodo ya lo planteó Jesús: estar en el mundo sin ser del mundo. Y entre ambas tentaciones, diversas y legítimas maneras de ser Iglesia y vivir el evangelio.

Destierro y persecución en la historia de la Iglesia.

Persecución y destierro son palabras y realidades que se han conjugado en todas las etapas de la historia cristiana. No podía ser una excepción la nuestra. El informe reciente de la asociación *Ayuda a la Iglesia* señalaba que en el siglo XX unos 45 millones de cristianos fueron asesinados en el mundo por motivos religiosos; en 2001 murieron más de 160.000 cristianos por su fe; se habla de que 200 millones de cristianos hoy en el mundo están amenazados. Pero hay otras formas más sutiles de perseguir y desterrar, algunas de las cuales se practican en la Europa moderna y en nuestra España, aunque no es ahora el momento de describirlas. Por tanto, hay que contar con esta realidad, como ya nos lo avisó el mismo Jesús: si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros, pues no es más el discípulo que el maestro.

La dificultad de la presencia cristiana en medio del mundo: el destierro

La consecuencia de todo esto es la dificultad de hacer presente el evangelio en medio del mundo. Supone desafiar determinados valores morales, políticos y sociales “políticamente correctos”, que se pretenden imponer como los únicos capaces de crear ámbitos de ciudadanía y libertad. La tentación es abandonar (tantos cristianos no practicantes, en los que sólo queda un residuo de la fe, en nuestra sociedad) o enrocarse (grupos de cristianos que se refugian en prácticas o modos de vida que les aíslan del fluir normal de la sociedad, en la que, por otra parte, hay también muchos valores positivos). Nuestra situación, pues, tiene puntos de semejanza con la situación de Israel en el destierro.

Cómo superar el destierro: la presencia de Jesús, muerto y resucitado, clave de la esperanza cristiana.

Como los mejores israelitas de entre los desterrados, nuestra manera de superar esta situación es la de recuperar constantemente la tradición viva de la Iglesia: la memoria de Jesús, de su palabra, de su vida, muerte y resurrección; la memoria de la historia de la Iglesia, con sus sombras y sus luces, sus santos, sus mártires y sus disidentes; la memoria de la Palabra de Dios leída en la Escritura, proclamada en la liturgia, vivida en los santos...

La convicción de los primeros cristianos (Hch, corpus paulino, cartas católicas): siempre desterrados, siempre perseguidos, siempre fracasados, y sin embargo siempre presentes y llenos de esperanza.

Los cristianos, como hacían aquellos profetas del destierro, de acuerdo con lo aprendido de Jesús y de los apóstoles que nos anunciaron su palabra, afirmamos nuestra esperanza mirando con cariño a nuestra tierra y a la sociedad en que vivimos, y tratando de comprenderla y mejorarla. Pero no nos paramos aquí. Nuestra mirada y nuestra esperanza van más allá, se extienden al triunfo de Jesús sobre la muerte y se apoya en su palabra y en su vida. Esta dimensión escatológica, llamémosla vida eterna, tierra nueva y cielos nuevos, Jerusalén de arriba o como queramos, es decisiva a la hora de juzgar la real situación de la Iglesia en cada momento de la historia. Es nuestra tarea como Iglesia trabajar en medio de la sociedad en que Dios nos ha hecho vivir y en el tiempo que compartimos con otros semejantes. Y es tarea nuestra recordar que el ideal del evangelio no se logrará completamente más que con el triunfo definitivo de Cristo, cuando el pobre y el inocente reciban justicia plena. Mientras tanto, nuestra misión y nuestro deber es ser signos de la paciencia y de la justicia de Dios, trabajando en la medida de nuestras fuerzas, anunciando expresamente el reino de Dios y ofreciendo el testimonio coherente de nuestra vida, como signo de su posibilidad y presencia. Sabiendo siempre, como sabemos, que en este momento nuestra vida se desarrolla entre Babilonia y Jerusalén. Con el autor del libro del Apocalipsis, que escribía en tiempos difíciles de persecución, nosotros, a pesar de todo, tenemos una doble certeza: que Babilonia la grande ya ha caído y desaparecerá; y que ya ha comenzado el descenso del cielo de la ciudad santa, la nueva Jerusalén, preparada como una novia, para inaugurar un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap 17-22).

Mientras tanto nos consolamos haciendo nuestras las palabras de Pablo a los cristianos de Roma:

Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar en contra? Aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo es posible que con él no nos lo regale todo? ¿Quién será el fiscal de los elegidos de Dios? Dios, el que perdona. Y ¿a quién tocará condenarlos? Al Mesías Jesús, el que murió, o, mejor dicho, resucitó, el mismo que está a la derecha de Dios, el mismo que intercede en favor nuestro. ¿Quién podrá privarnos de ese amor del Mesías? ¿Dificultades, angustias, persecuciones, hambre, desnudez, peligros, espada? Dice la Escritura: Por ti estamos a la muerte todo el día, nos tienen por ovejas de matanza (Sal 43,23). Pero todo eso lo superamos de sobra gracias al que nos amó. Porque estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes,

ni alturas, ni abismos, ni ninguna otra criatura podrá privarnos de ese amor de Dios, presente en el Mesías Jesús, Señor nuestro (Rom 8, 31-9).

6. Apunte de bibliografía en lengua castellana

La obra de más interés para este período en nuestra lengua es la de P. Sacchi, *Historia del segundo templo. Israel entre el siglo VI a.C. y el siglo I d.C* (original italiano, Turín, SEI 1994; traducido en Salamanca, Sígueme 2004). Sobre los orígenes del judaísmo, puede verse J.M. Sánchez Caro, “Esdras, Nehemías y los orígenes del judaísmo”, *Salmanticensis* 32 (1985) 5-34. Para una primera visión histórica, D. Noël, *En tiempo de los imperios. Del Exilio a Antíoco Epífanés (587-175)*, Cuadernos Bíblicos 121 (Estella, EVD 2004); puede completarse desde el punto de vista bíblico con J.M. Sánchez Caro (ed.), *Historia, narrativa, apocalíptica*, Introducción al estudio de la Biblia 4 (Estella EVD 2000). Siempre es interesante el ensayo de A. González Lamadrid, *La fuerza de la tierra. Geografía, historia y teología de Palestina*, Salamanca, Sígueme 1981.

Profesor José Manuel Sánchez Caro
Universidad Pontificia de Salamanca